La envidia post-materialista

Liuba Kogan 23/08/2013

Jefa del departamento Académico de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

De la envidia en general se habla poco, pues no se trata de un sentimiento del cual nos enorgullezcamos. Sin embargo, algunos pensadores contemporáneos como Gilles Lipovetsky (quien dará una charla magistral la próxima semana en la Universidad del Pacífico) han reflexionado sobre la envidia de un modo novedoso.

Lipovetsky, en su libro “La felicidad paradójica”, plantea que lo que envidiamos y la forma en que lo hacemos habría cambiado con el tiempo: hoy ya no envidiamos lo mismo que en el pasado.

El filósofo francés considera que hoy nos importan mucho menos los otros y que ya no estamos preocupados por lo que nuestros vecinos o amigos tienen, pues lo que realmente queremos es gozar. Estaríamos preocupados por experimentar nuevas sensaciones, descubrir nuevos sabores, conocer lugares exóticos, conseguir lujo; y mucho menos por competir con los otros, envidiarlos o imitarlos. En otras palabras, de lo que se trataría es de disfrutar como un mandato social. El lujo, el turismo y la gastronomía –entre otras formas de consumo- se habrían convertido en fines en sí mismos. Antes nos preocupaba producir, nos dice Lipovetsky, mientras que hoy, por el contrario, consumir.

Para convencernos de que esta envidia ha disminuido, Lipovetsky señala que vivimos en una sociedad de sobre-exposición personal; todo lo enseñamos, lo decimos, lo compartimos. Las redes sociales estarían repletas de imágenes que nos muestran la felicidad abiertamente: viajes, platos de comida a punto de ser devorados, los lugares que se están visitando, los miles de amigos que se tienen. Al parecer, nadie temería ser envidiado. Todo lo contrario, pues ahora estaríamos mostrando nuestra felicidad de manera transparente. Del mismo modo, la televisión abierta muestra casas, restaurantes, moda, artículos deportivos y toda clase de bienes de consumo. Ya no existiría temor de mostrar lo que se tiene ni tampoco culpa. Cada uno sería responsable por lo que tiene. Y todos, por supuesto, estaríamos en la capacidad de conseguirlo: la ideología de la meritocracia nos convence de que todos –con esfuerzo y un poco de talento- podemos conseguir una vida de lujos.

Así, el lujo se habría democratizado en la medida en que todos estaríamos en la capacidad -de una u otra forma-, de “darnos pequeños lujos”. Todos podríamos de cuando en cuando consumir algo que consideramos lujoso desde nuestro punto de vista. E incluso hay tantos estilos de vida, que no necesitaríamos envidiar a nadie, pues podemos vivir como queramos.

La acumulación de riqueza y la felicidad ya no generarían sentimientos de culpa como en el pasado reciente. Ya no tendríamos que ocultar los bienes materiales que tenemos por miedo a ser envidiados, a que nos echen mal de ojo o a que seamos víctimas de magia negra. Pero curiosamente, la envidia ahora tiene un nuevo objeto, ya que se centra en lo que no se puede comprar o lo post-material: el amor, los afectos, la amistad, la belleza, la celebridad o el talento; lo que resulta paradójico.